

El futuro de Lota

En estos días han abundado en la prensa y la TV los reportajes sobre la situación de Lota. Aunque el cierre de la mina de carbón se veía venir, de todos modos fue una noticia que preocupó a todo el país debido a las consecuencias sociales que la medida tiene en una comuna golpeada por la pobreza y el desempleo.

Al anunciarse el cierre no se produjo el estallido de violencia que algunos pronosticaban y, por el contrario, prevaleció una actitud muy equilibrada entre los trabajadores, que es por lo demás la única aconsejable para enfrentar una situación en la que se juega el porvenir de muchas familias.

Es de esperar que sea fructífero el diálogo de los representantes sindicales con las autoridades de gobierno con vistas a pactar la indemnización y las otras formas de protección social que recibirán los trabajadores y sus familias, asunto respecto del cual es obvio que el Estado tendrá que hacer un generoso esfuerzo.

¿Qué pasará en Lota ahora que desaparece la actividad minera? A esa pregunta intenta responder hoy el gobierno con un plan orientado a explorar nuevas posibilidades de desarrollo. Es conveniente, en todo caso, no perder de vista que la comuna tiene una fuerza de trabajo de catorce mil personas y que sólo el 10% correspondía a las faenas del carbón.

La Corfo será la encargada de encabezar el proceso de reconversión

en la comuna con vistas a generar nuevos empleos. Habrá una gran inversión pública en obras de saneamiento ambiental, alcantarillado, pavimentación, mejoramiento de barrios y caminos. Se construirá un parque en el eje Lota Alto-Lota Bajo. La reutilización de los activos de Enacar debería favorecer el surgimiento de nuevos condominios industriales y la creación de empleos en el puerto. En el sector de Lota Alto los esfuerzos se encaminarán a crear un pujante centro turístico; allí hay edificios de gran valor arquitectónico y se encuentra el famoso parque botánico natural que enorgullece a los lotinos.

Un papel importante jugará el fomento a la inversión privada en la comuna. Habrá estímulos para las empresas que allí se instalen y subsidios a las que contraten mano de obra. En los próximos días se instalará una empresa pesquera coreana que contratará a unas cien mujeres "chinchorreras", esto es, trabajadoras que viven de la extracción de carbón del mar. También se pretende crear un programa de incentivos para la microempresa.

Seguramente surgirán nuevas ideas y nuevos proyectos en los próximos meses. Lo más importante será, en todo caso, crear en Lota un ambiente de esperanza que permita aunar los esfuerzos de todos los sectores que ven el cierre de la mina como un reto para la imaginación y el espíritu emprendedor. Lota puede salir adelante, a condición de que se establezca un acuerdo de cooperación entre el gobierno, el municipio, el sector privado y las organizaciones sociales.

RACONTOS

Cuando terminé de leer la selección de artículos de Andrés Aylwin (que, junto con los de César Díaz y Reinaldo Sapag, se han publicado en un libro), quedé profundamente impresionado. Si bien estos artículos no me decían nada nuevo de la personalidad de Andrés Aylwin, se me hizo patente uno de los muchos méritos que tiene y es el haberse mantenido, a través del tiempo, fiel y consecuente a su ideario de juventud.

Es condición generalizada de la juventud el idealismo, la generosidad, la combatividad en la consecución de su pensamiento, rasgos que no son ni transables ni sujetos a componendas, pero lo normal es que cuando la juventud deja paso a la madurez, esas virtudes se olviden, sobre todo cuando se entra en la política contingente.

Fue en la Escuela de Derecho de la Universidad de Chile donde conocí a Andrés. El estaba en un curso superior al mío y nuestro acercamiento se produjo porque ambos militábamos en la Falange Nacional, un grupo pequeño y selecto que en el sector universitario dirigía un joven estudiante de Química, tan idealista como

todos nosotros: Vicente Sota.

En aquel tiempo los falangistas repetíamos una frase que había acuñado uno de nuestros líderes mayores: "Queremos ser cristianos hasta las últimas consecuencias". El tiempo se encargó de desgranar el choclo. Unos siguieron en la política con distintos signos y suerte y otros la abandonaron y ese ideal de ser cristianos hasta las últimas consecuencias pasó a ser para la mayoría un lindo recuerdo de juventud. Sin embargo, si alguien no lo olvidó, e hizo de ello la norma de acción de toda su vida, ese es Andrés Aylwin.

Los artículos reunidos en este libro se extienden entre los años 1991 y 1996, y en todos está presente la misma preocupación permanente del autor: su devoción por los pobres y por los que sufren, devoción que se ha concretado en los

Fiel a su juventud



familiares de los desaparecidos y asesinados por la dictadura, en su vocación democrática y su repudio a la violencia, su rechazo al pragmatismo que corroe a nuestra sociedad y la necesidad de mantener las utopías que tienden a estructurar un mundo más justo y solidario.

Terminados nuestros años universitarios, la vida nos separó. Sin embargo, tengo frescos en la memoria dos encuentros fugaces que tuve con Andrés. El primero data de los días siguientes al

triumfo electoral de Frei Montalva. Yo había advertido con aprensión desde el día en que fue elegido Frei que la sede del partido se llenaba de militantes en busca de granjerías o puestos en la administración. Cuando vi aparecer ahí a Andrés, lo interpele agresivamente diciéndole "¿Y

qué vienes a hacer aquí?". "Quiero ser diputado", me respondió simplemente. Y yo me quedé pensando en por qué un hombre tan equilibrado y recto pretendía optar a un cargo de representación popular donde sería objeto de presiones y, lo peor, de tentaciones. Tuve respuesta a mis inquietudes al observar el comportamiento de Andrés Aylwin como diputado. En cada una de sus actuaciones daba testimonio del ideal que se había propuesto en su

juventud.

El segundo encuentro tuvo lugar en la calle, pocos días después del golpe de Estado, el día en que se nos permitió salir de la casa. Andrés estaba desolado. Me dijo: "Esto va a significar un retroceso en nuestro desarrollo democrático....", y se quedó un rato pensativo para terminar su frase: "... como de cuatro o cinco años". Se quedó corto en sus cálculos Andrés, pero el periodo de la dictadura fue el más fértil para realizar su labor cristiana, dando ayuda, comprensión y amor a tantos que lo necesitaban, lo que le valió, entre otros agravios, la relegación a un inhóspito pueblo fronterizo del norte.

Hoy, empujándose sobre los 70 años, Andrés Aylwin ha anunciado su retiro de las actividades políticas. Se va rodeado del aprecio y respeto de amigos y adversarios. No hay duda que todo el país, politizado o no, lo echará de menos. Se necesita gente como él en la política, sobre todo como ejemplo de juventud para los jóvenes. Un hombre que ha sabido mantenerse fiel a sus ideales juveniles, es algo de lo que muy pocos pueden vanagloriarse.

SERGIO VODANOVIC